

bres y de los vasos de oro para la mesa, queriendo que se reservasen para los templos y para las ceremonias sagradas. ¿Pero qué freno cabía donde tan grande era la licencia, y donde el ejemplo de los que gobernaban le comunicaba aliento? Mucho hemos dicho sobre los directores del gobierno y pudiéramos todavía añadir bastante. Agripina pagó por un ruiseñor 6,000 sextercios. Calígula bebía á menudo líquidas perlas en sus banquetes, ó bien mandaba servir las viandas en platos de oro, que distribuía después á los convidados: arrojó al pueblo por espacio de muchos días inmensas cantidades de oro: hizo construir galeras de madera de limonero con velamen de seda y proas de marfil ornadas de perlas, y trasladar de Egipto un obelisco en una nave de tanto porte, que apenas podían abarcar su mástil cuatro hombres. Nerón posee alfombras babilónicas de precio de cuatro millones de sextercios, una copa de murrina de trescientos talentos, gasta en los funerales de su mono todos los tesoros de un rico usurero, á quien ha desterrado, y consume en los de Popea tantos perfumes como puede producir la Arabia en un año. Todo esto se admira sólo por la circunstancia de ser extraordinario.

Había, pues, en esta época grandes riquezas, mucha cultura intelectual, mucho lujo, un vasto imperio, espaciosos y hermosos caminos, ejércitos y escuadras poderosas, un comercio que se extendía hasta los más remotos confines de la tierra. Hallábanse reunidos todos los elementos que constituyen la prosperidad social en sentir de algunos. Pero ¿basta esto? Puede resolver la cuestión una ojeada dirigida al imperio. ¿Y qué descubrimos en su esencia? Desorden del entendimiento, ausencia de los principios sociales, filosóficos y religiosos; una depravación profunda; el vicio y la impiedad erigidos en sistema; ferocidad en los señores, ferocidad en los esclavos, adulación en los filósofos; una corrupción tranquila y una corrupción impetuosa, un instinto cruel en los soldados, un instinto

inquieto y cobarde en el vulgo: en suma, la estupidéz de una plebe inmensa que permanece indiferente entre el vencedor y el vencido.

A un extremo se encontraban el emperador, los soldados, los magnates; á otro la muchedumbre sin clase intermedia capaz de regenerar la nación, muchedumbre trémula como los magnates, como el emperador, todos con miedo unos de otros, consecuencia precisa del egoísmo universal. Unos se encumbraban sobre su bajeza originaria acercándose á los magnates y aspirando á ingresar en sus filas á fuerza de espionaje y de lisonjas; otros se complacían en confundirse entre el pueblo para tomar parte en las liberalidades de que era objeto, y para evitar los peligros á que se hallaba expuesto todo el que hacía viso.

De cierto algún moralista clamaba de vez en cuando para revelar, en proporción de su osadía, las llagas de la época, la impasibilidad de los ricos, las miserias del pobre, la corrupción de todos. ¡Declamaciones vanas! Y en efecto ¿quién sugería un remedio al daño? Horacio dice como poeta: *Vamos á habitar las islas Afortunadas*. Juvenal se explica como un joven escolar pudiera hacerlo: *Retiraos al monte Sacro*. No hallaréis en las páginas de Tácito un solo pensamiento que aluda á la posibilidad de mejorar una civilización cuyos palpables desórdenes sabe pintar de mano maestra. Séneca y los demás estoicos responden: *Suicidaos*; los hombres políticos nos saben más que recordar, como la memoria de un bien perdido, el tiempo pasado y una aristocracia ya gastada.

¿Pero de dónde se podía esperar el elemento moral? No de los tiranos que regían el imperio, ni de un Senado envilecido, ni de patricios diezmos, ni de la religión en descrédito absoluto, ni de los filósofos víctimas de la duda, ni de los ricos disolutos, ni de la plebe ignorante de sus derechos y de sus deberes: sólo se podía esperar del cielo y del amor.

CAPITULO VI

JESUCRISTO

Desde el instante en que Nerón prendió fuego á Roma, á fin de proporcionarse el espectáculo de una ciudad incendiada, no hubo ya sacrificios para los dioses, ni órdenes para los magistrados, ni profusión de dinero, ni promesas de reconstrucción más magníficas, que pudieran librarle del resentimiento del pueblo. Aterrorizado por aquel sordo estremecimiento que le infundía más miedo que el Senado, al cual podía en todo caso imponer silencio mandando dar muerte á los senadores, imaginó dar una satisfacción bárbara á la muchedumbre, designándole como autores del incendio á una secta nueva de filósofos llamados cristianos, de un Cristo condenado á muerte en Palestina en tiempo de Tiberio, secta que desaprobaba la repugnante corrupción del siglo y sus innobles vilezas, y que, no viendo en los romanos una raza de naturaleza superior á las de las demás naciones, ni tampoco el derecho en virtud del cual oprimía á todas, se hacía odiosa á aquellos tiranos del mundo.

Sobre estos hombres descargó la venganza de los romanos, á quienes el odio enseñó á conocer una religión llamada á reunir por el amor á todos los pueblos. Persiguéronles con encono, haciéndoles padecer los más atroces suplicios, y uniendo á la crueldad el insulto, á imitación de su soberano, respecto de los patricios. Unos envueltos en pieles de animales, eran abandonados á los perros; aquéllos á las fieras en medio del circo; á otros se les quemaba vivos, y en los jardines voluptuosos de Nerón servían de antorchas sus incendiados cuerpos (1); ¡cabalmente sobre la colina del Vatica-

no, donde la religión, naciente entonces, debía enarbolar después su victorioso estandarte!

Aquellos tiempos anunciados por los profetas, figurados por acontecimientos y símbolos en la nación por Dios escogida, habían al fin llegado. En todo el Oriente cundía el rumor de que un hombre destinado al imperio universal, aparecería en Judea (2). Habíanse cumplido las setenta sema-

el Capitolio, después en la vecina playa: se asperjó con agua del mar el templo de la diosa y su imagen: mujeres casadas hicieron en seguida el lectisterno y las veladas. Mas no eran parte las obras humanas, ni las súplicas divinas, ni las liberalidades del príncipe, á disminuir el grito que le acusaba de haber incendiado á Roma. Con el fin de desvanecerlo persiguió y castigó con los más esmerados suplicios á aquellos detestados malhechores, á quienes el vulgo llamaba cristianos, por el nombre del Cristo que bajo el reinado de Tiberio fué crucificado por el procurador Poncio Pilatos. Esta mala semilla, como se decía, quedó entonces sofocada; pero cobraba vigor no sólo en Judea, donde había nacido, sino también en Roma, donde abundan á porfía y adquieren celebridad todas las cosas atroces y repugnantes. Encarcelóse, pues, primeramente á los que profesaban abiertamente la doctrina de los cristianos, luego á una porción de gentes, á quienes se designaba, no como delincuentes del incendio, sino como enemigos del género humano. Se les quitaba la vida con escarnio, envueltos en pieles de animales para que los perros los destruyesen vivos, se les crucificaba, se les quemaba, y se les prendía fuego después de untarlos con pez, á fin de que alumbrasen por la noche como si fueran antorchas. Cedió Nerón para este espectáculo sus jardines, y celebró allí la fiesta del circo vestido de cochero, subido en carro y como espectador entre el pueblo. Movían á lástima aquellos infelices, aunque merecedores de toda clase de suplicios, en atención á que no morían en pro del público sino solamente por la crueldad del príncipe. TÁCITO, *Annales*, XV, 44.

(1) A fin de amortigar aquel rumor que le inquietaba, apeló también á los libros sibilinos. «Se dirigieron súplicas á Vulcano, á Ceres y á Proserpina, y se reunieron las matronas, para que Juno le fuese propicio, primeramente en

(2) SUTTONIO, en *Vespasiano*; TÁCITO, *Hist.*, V, 12; JOSEFO, *De bello jud.*, VII, 12.

nas enumeradas por Daniel tantos siglos antes: se había arrancado á la raza de Judá el cetro, y aguardaban los hebreos al Salvador prometido. En contra del desdén por su nacionalidad ultrajada, imaginaban verle llegar como conquistador para romper las cadenas de su pueblo, y hacer resplandecer sobre él nuevamente la gloria de David y de Salomón.

Pero los profetas habían aludido á otras cadenas, á otras conquistas, á otra gloria, cosas todas que eran incapaces de comprender espíritus preocupados de ideas materiales. Sólo una ilustración suprema podía hacerle descubrir el regeneramiento, no de una sola nación, sino de la humanidad toda, rescatada, no de una servidumbre temporal, sino de la esclavitud original que, suscitando un conflicto entre la razón, la inteligencia y la voluntad, había excluido al hombre de la mansión á que deben propender todos sus esfuerzos.

Luego que Augusto hubo pacificado, ó más bien calmado el mundo á la sazón conocido, reuniéndolo en un vasto conjunto, quiso saber cuanta población obedecía sus leyes y debía pagarle tributos, y mandó que se hiciera un general empadronamiento. María, doncella judía, de la raza de David, si bien pobre, casada con José, artesano de Nazaret de Galilea, se encaminó, para que fuera inscrito su nombre, á Belén, población situada en las montañas de la Judea, de donde eran oriundos sus padres: allí dió á luz en un establo á la segunda persona de la Trinidad divina, á Jesucristo, concebido por obra del Espíritu Santo (3). Sencillos pastores, que por la suave temperatura de diciembre apacentaban sus rebaños en las laderas de los montes, acudieron á invitación de un ángel á adorar los primeros al Salvador del mundo. Al mismo tiempo lo anunciaba una estrella á unos magos de Persia, ó más bien de la Arabia, que también fueron los primeros entre los gentiles que corrieron desde Oriente á rendirle homenaje. Herodes el Grande, á quien preguntaron el lugar donde había nacido el nuevo rey de Judea, concibió recelos, y á fin de exterminar á aquel de quien le habían hablado, mandó degollar á todos los niños de menos de dos años. Por aviso de un ángel á José fué llevado Jesús á Egipto: luego que Arquelao ascendió al trono, tornó Jesús á Palestina y vivió en Nazaret, en

(3) En el año 747 de Roma, 40 de la era juliana, 39 del reinado de Augusto, 25 después de la batalla de Accio, 35 después que Herodes fué declarado rey de Judea, el año segundo de la CXCIII olimpiada y 4708 del período juliano; bajo los cónsules Cayo Antiscio Veter y Decimo Lelio Balbo, 5 años, nueve meses y siete días antes de la era cristiana; pero en este punto varían las opiniones. Munter es el último que ha tratado esta cuestión, *Der Stern der Weisen*. Cree que la estrella que se apareció á los magos era una constelación formada por el encuentro de Júpiter y de Saturno en el signo Piscis: combinación reproducida en 1609 y en 1821; lo cual establecería seis años antes de la era vulgar el nacimiento de J. C.

una oscuridad laboriosa. A veces se dirigía al templo, donde se celebraban las asambleas (*endgah*) hebdomadarias ó mensuales, en que comunmente discutían las gentes del pueblo, y los sabios (*nabim*) predicaban sobre la doctrina. A la edad de doce años asistía á todos el derecho de exponer sus opiniones ó sus dudas: había no obstante algunos libros, como los primeros capítulos del Génesis y de Ezequiel, cuyo examen no era lícito sino á una edad más madura, y sólo á los treinta años se consideraba que había llegado el hombre á la plenitud de su fuerza y de su inteligencia.

A esta edad empieza Cristo su misión, presentándose á Juan Bautista, quien retirado desde su infancia en Betabara (4) á orillas del Jordán, predicaba una doctrina llena de moral, en la que á la pureza de los esenios unía el fervor de los fariseos, depurándolo y sublimándolo todo, y bautizaba en el agua, anunciando al que bautizaría en el espíritu (25), y al cual, según decía, le estaba mandado preparar el camino. Después de haber sido por él bautizado, Cristo se retira al desierto á fin de servir de ejemplo á los hombres venideros, para que, á beneficio de la soledad y de la meditación se fortifiquen contra las dificultades de su vida. Luego empieza á predicar y arrastrar en pos de sí á algunos pescadores y otros hombres de condición humilde, destinados más tarde á divulgar su palabra. Dice: «Bienaventurados los pobres de espíritu: bienaventurados los mansos: bienaventurados los que lloran: bienaventurados los que sufren persecuciones: bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos: bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia: bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios: bienaventurados los pacíficos, porque hijos de Dios serán llamados: bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos».

«Aprended de mí que soy humilde y manso, y vuestras almas encontrarán reposo. El que se enfurece contra su hermano, merece ser condenado. Si os acaece que al presentar vuestra ofrenda en el altar se hallase irritado contra vosotros vuestro hermano, suspended la ofrenda, é id á reconciliaros con él ante todo. Misericordia quiero y no sacrificio. Hasta ahora se os ha dicho ojo por ojo, diente por diente: yo os digo, si alguno os diere una bofetada, presentad la otra mejilla. Hasta ahora se os ha mandado no despedir á vuestra esposa sin declarárselo antes que la repudiéis y por escrito. Yo os digo que el que abandona á su mujer, fuera del caso de infidelidad, y el que se desposa con la que ha sido repudiada, son culpables de adulterio. Se os ha encomendado hasta ahora

(4) *Beth-habarah*, Casa del tránsito, y no Betania, como dice la Vulgata.

amar á vuestro hermano y aborrecer á vuestro enemigo; yo os encomiendo amar á vuestro enemigo; haced bien al que os aborrece; orad por el que os persigue, imitando á Dios que hace resplandecer el sol sobre los buenos y sobre los malos. Haced limosna pero en secreto, y no aguardéis á ser vistos por los demás para hacer justicia. Vuestra mano izquierda ignore lo que haga la derecha. No juréis: sea sí ó no vuestra palabra. Para orar retiraos á vuestra morada, y no empleéis muchas palabras á semejanza de los gentiles que creen así ser oídos: pedid ante todo el reino de Dios, y todas las demás cosas os serán añadidas. No todo el que dice, «Señor, Señor,» entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi padre.

«Como juzguéis á los demás, así seréis juzgados vosotros: ¿de qué sirve ver una paja en el ojo ajeno y no ver una viga en el ojo propio? Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo vosotros con ellos, porque esta es la ley de los profetas. El que tiene dos túnicas ofrezca una al que no tiene. Todo el que diere de beber por amor mio una gota de agua á un desventurado, en verdad os digo que no perderá su recompensa. Haced bien, dad prestado sin esperar por eso nada, y vuestro galardón será grande. El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado. No hay cosa fuera del hombre que entrando en él le pueda ensuciar; mas las que salen de él son las que ensucian al hombre.

«Yo os doy un precepto nuevo, y es que os améis unos á otros como yo os he amado. Seréis conocidos por discípulos míos, si os amáis recíprocamente. Yo soy la vid y vosotros sois los sarmientos. No os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que su señor hace; sino amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi padre.

«Y cuando viniere el Hijo del Hombre al fin de los siglos á juzgar á todos, dirá á los que estarán á su derecha: *Tuve hambre y me disteis de comer: tuve sed y me disteis de beber: era peregrino y me hospedasteis; desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; estaba en la cárcel y vinisteis á verme: venid, ¡oh benditos de mi padre! poseed el reino que os está preparado* (5)»

Con milagros de más bondad que poder, confirma esta predicación dulce y afectuosa. Sirven de apoyo á la moral de Jesús el ejemplo y la gracia. Atropéllase la muchedumbre en pos de su huella, y él lleno de humildad y de mansedumbre, dispensaba según las necesidades, cuanto posee, sin tasa. Hablando de perdón y de amor desvanecen las dudas: encomienda nuevamente la observancia de la ley de Moisés, aun cuando ve asentada en su cátedra una raza hipócrita y vana: censura á los

(5) S. MATEO, cap. V, VI, VII, X, XI, XII, XVIII, XXV. S. MARCOS, cap. III, V; S. LUCAS, cap. III, VI; S. JUAN, cap. XV.

ministros, pero no abandona el culto; frecuenta el templo, reconoce la sinagoga; y no queriendo destruir, sino cumplir la ley, dice: «Oid los preceptos: no imitéis las obras de aquellos que multiplican las prácticas exteriores, y aspiran después al primer puesto, á las consideraciones y al título de maestros. Pagan el diezmo del eneldo y la menta, y dejan las cosas que son más importantes, la justicia y la misericordia (6). ¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que imponéis á los hombres cargas que no pueden llevar, y vosotros ni aun con uno de vuestros dedos tocáis las cargas! ¡Ay de vosotros, que os alzasteis con la llave de la ciencia! Vosotros no entrasteis y habéis vedado á los demás la entrada (7).»

No reinaba ya Herodes en Jerusalem, y su reino estaba dividido: Herodes Antipas y Filipo gobernaban como tetrarcas bajo la dominación romana, el primero la Galilea y Perea, el otro las provincias vecinas: Arquelao había sido desposeído por los romanos; y Jerusalem, la Judea propiamente dicha, Samaria, é Idumea, estaban agregadas á la provincia romana de la Siria, administrada por un procurador, que si bien dependía del propretor de Siria gozaba de la independencia habitual. Residía en Cesarea ó en el mar, y sólo rara vez pasaba á Jerusalem. En todos esos pueblos había guarnición romana.

Los judíos odiaban al extranjero y los impuestos, y de consiguiente á los publicanos, ya gentiles, ya compatriotas renegados. Las cuestiones religiosas se mezclaban con las políticas y discutíanse en el templo, en las plazas, en los terrados y se formaban partidos entre los cuales superaba el de los fariseos. Estrictos observadores de la ley mosaica la falseaban éstos con la exageración de las prácticas religiosas y con la intolerancia, de donde manaron después las minuciosas y empalagosas prescripciones del Talmud.

Así como en otro tiempo apedreaban los hebreos á los profetas, eran á la sazón los señores de Judá quienes les condenaban á muerte. Habiéndose enamorado Herodes Antipas de su cuñada Herodias, resolvió poseerla, repudiando á su primera esposa. Presentóse Juan Bautista á reconvenirle por la violación de la ley, y respondió con el argumento de los que poseen la fuerza, metiéndole preso y otorgando después su cabeza á Salomé, hija de Herodias, porque había bailado bien en su presencia (8). De este modo fué castigada una ingenuidad virtuosa y se libertó Herodes de un censor severo, cuyos numerosos parciales y cuya irreprehensible doctrina le hacían sombra.

Quedaba Jesús que, pudiendo decir sin que nadie le contradijera: *¿Quién de vosotros podrá*

(6) S. MATEO, XXXIII, 2, 23;

(7) S. LUCAS, XI, 46, 52.

(8) S. MATEO, XIV.

acusarme de pecado? (9), ofendía la ambición y la hipocresía de los grandes, de los sacerdotes, de los fariseos, del pueblo, apartando de la ley las observancias frías, y hablando no solamente á los hebreos, sino á todo el mundo; destruyendo esperanzas hereditarias para elevar los espíritus á un objeto más sublime; enseñando la doctrina más excelsa y más pura que ha oído jamás la tierra. En vez de examinarle, conspiraron los hebreos contra Cristo, unos por religión, otros por política, la mayor parte por envidia y por impostura. Enviaron personas que le tentasen con preguntas capciosas; pero confundióles Cristo, y sus palabras obtienen creencia, como la de todo el que habla con autoridad.

Hace su entrada en Jerusalén sobre un pollino, según el uso de los jueces (10), para anunciar que su misión no es una misión de conquista, sino de juicio, de paz, de alianza, de buen consejo. Israel le aclamaba diciendo: *Hosana, hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor*; pero dentro de pocos días había de gritar el mismo pueblo: *¡Crucifícale! ¡Crucifícale!*

Era la Pascua la principal solemnidad de los hebreos: celebrábanla en memoria del día en que Dios les había libertado con poderosa mano del yugo de la servidumbre. Se empezaba la cena, á que se juntaba toda la familia, gustándose una yerba amarga sazonada con vinagre (11), y sirviéndose un pan duro en memoria de los males padecidos en el cautiverio (12). Después se manifestaba el júbilo de la independencia con la extremada alegría de un abundante banquete, y el padre de familia partía un pan ázimo que distribuía á los convidados. Escanciábase entonces en los vasos un poco de vino, y el padre de familia bendecía en aquel pan y en aquel vino los bienes físicos y morales asegurados por la ley santa al pueblo elegido. Cristo celebró aquella ceremonia como todas las de la nación judía. Pero después de tomar, con sus discípulos, su parte del cordero místico instituyó con aquel pan y con aquel vino el eterno sacramento de la memoria de la transustanciación y de la nueva alianza.

Entretanto una enemistad activa y la hipócrita calumnia maduraban el delito anunciado y deplorado había tantos siglos. Uno de los discípulos de Cristo le entregó á sus perseguidores; otro le negó tres veces; le abandonaron todos, como se descar-

(9) S. JUAN, VIII, 46.

(10) Así parece que resulta en nuestro concepto de este pasaje, del cántico de Débora (*Jueces*, V, 10): *Qui ascenditis super nitentes asinus, et sedetis in iudicio, et ambulatis in via, loquimini.*

(11) *Exodo*, XII, 8.

(12) —¿Por qué comemos estas yerbas amargas? Significan que los egipcios hacían pasar á nuestros antepasados amarga vida, por que está escrito: Hacían la vida amarga en el cautiverio. (*Haggada* ó plegarias de los hebreos durante la Pascua.)

ría un rebaño cuando el pastor es herido. Se le acusó, ante los tribunales, adonde fué conducido, de blasfemar, de corromper á la juventud, y de sublevar á la nación contra la dominación extranjera. Los príncipes de los sacerdotes, es decir, los jefes de cada una de las clases sacerdotales, los ancianos del pueblo y el consejo de los jueces, al cual dejaba la dominación romana suficiente autoridad para cometer el gran desafuero, se congregaron en el salón donde se celebraba el Sanedrín, y declararon que Jesús merecía la muerte. Pidieron su condena al gobernador Poncio Pilatos, quien interroga al acusado y dice: *¿Eres tú el rey de los judíos?* Cristo responde: *Mi reino no es de este mundo, de otro modo mis ministros se opondrían á que fuese entregado á los judíos; pero mi reino no es de aquí ahora.* —¿Con qué eres rey? replica Pilatos: —Y Cristo responde: —*Tú lo has dicho, soy rey; y he venido á este mundo para dar testimonio de la verdad, y aquellos que aman la verdad oyen mi voz* (13).

En un tiempo en que no se sospechaba que para avasallar al mundo hubiese otros lazos que los de la fuerza ¿qué miedo podía infundir al procónsul un poder que no era de este mundo, un rey que no tenía más imperio que el de la verdad, ni otros súbditos que aquellos que la verdad le sometía? Nada había allí de amenazador para la autoridad que representaba, y el acusado no podía ser á sus ojos más que un insensato. Hizo, pues, que le pusieran un pedazo de púrpura, una corona de espinas y una caña por cetro, como á un rey que sólo provocaba á risa.

No obstante, el cetro de caña debía quebrar el cetro de hierro de los señores del mundo. Pero Pilatos que no podía estorbarlo, ni preverlo, declara que en los hechos imputados á Jesús no halla culpabilidad alguna. Asediado entonces por los magnates, que insisten en la condena y amenazan acusarle ante Roma, y estrechado por los clamores del pueblo, como se llamaba á unos pocos ociosos que vociferaban en la plaza, le hace consentir la política en que el Justo sea condenado á muerte. Jesús, víctima de la antigua legalidad, á fin de que sea condenada eternamente, es clavado en la cruz, y todo fué consumado (14).

(13) S. JUAN, XVIII.

(14) Se lee el siguiente pasaje en las *Antigüedades judaicas* de Josefo, lib. XVIII, 3: «Entonces vivía Jesús, hombre lleno de sabiduría, dado que se le pueda llamar hombre. Hizo en efecto cosas maravillosas, enseñó á los que acogen la verdad de buen grado, y se le unieron muchos judíos y griegos. Tal era Cristo; y habiéndole mandado crucificar Poncio Pilatos por denuncia de los principales entre nosotros, le permanecieron fieles los que le habían amado, por que al tercero día se les apareció resucitado, según lo habían anunciado los profetas de Dios, que también habían predicho otros milagros. Todavía existen hoy los que se denominan cristianos en virtud de su nombre.»

Ve la crítica una interpolación en este pasaje, que dice

Ninguna religión, ninguna filosofía podía vanagloriarse de poseer un tipo que se aproximase á éste. Casto y puro en sus costumbres, no buscó Jesús riquezas ni honores. Vivió con los pobres y para los pobres; haciendo el bien verificó su tránsito por la tierra; como amigo afectuoso llora la muerte de Lázaro, y deja que Juan se duerma sobre su seno; se muestra lleno de tolerancia con la Cananea, la mujer adúltera y la Magdalena: ama á la patria, sobre la que gime previendo sus desastres. Cándido y sencillo como los niños de quienes anhela verse rodeado, llega su energía hasta el punto de padecer con tranquilidad la muerte. ¡Y qué clase de muerte! En fin, su postrer suspiro es una palabra de misericordia, un perdón á sus asesinos.

¿Qué puede compararle la antigüedad pagana? ¡Sócrates, el más santo de los sabios! ¿Pero qué tiene que ver su filosofía burlona y tímida con la filosofía activa y caritativa de Cristo? Sócrates podía prever que sus continuos ataques á las costumbres, á las doctrinas, á las creencias de su tiempo, le pondrían un día en peligro; y el *tábano que se había adherido al corcel potente y generoso* debía esperar ser aplastado de un momento á otro. Adviértese generosidad suma en el modo con que se ofrece á su condena; pero en el instante mismo de su muerte, y á presencia de sus jueces, no profesa más que dudas acerca de la inmortalidad del alma. Por eso exclama Rousseau: «Si el fin de Sócrates es el de un justo, el fin de Cristo es el de un dios (15).»

Apodérase el desaliento de los discípulos de Jesús, quienes juzgan mundanamente las cosas por su éxito inmediato. Se esconden, y viendo su única salvación en el olvido, lloran á su perdido maestro; pero en breve resucita, según les había prometido, y tornando á subir al trono de su Padre, les envía el Espíritu Santo, que trasforma en intrépidos doctores á los tímidos é ignorantes pescadores de Galilea. Revestidos con celeste fuerza obedecen á su maestro, quien les había dicho: *Id y enseñad á todas las naciones*: se derraman por Jerusalén, y anuncian que la ley se ha cumplido, que han cesado los figuras y ha empezado la nueva alianza; que ha venido la luz de la luz, el Dios de

Dios, y explican aquella doctrina que debía ser la salvación del mundo.

Jesús no ha dejado ningún escrito; pero mandó á sus discípulos dar testimonio de lo que habían visto y oído. Recogen, pues, sus palabras y sus actos; y divinamente inspirados escriben esas relaciones que ha adoptado como regla de fe la Iglesia. Tales son los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, donde se muestra la sublimidad de Dios en la simplicidad del hombre, la divinidad del sentimiento en la sencillez de las expresiones. Eran estremadamente simples los principios sentados por Jesucristo; pero tales, que el entendimiento humano no podía abjurar de ellos una vez que los ha comprendido: «Dios es uno; todos los hombres son iguales; amad á Dios vuestro señor sobre todas las cosas; amaos unos á otros como os ama vuestro celestial padre, que será con vosotros hasta la consumación de los siglos.»

Veneremos en piadoso silencio los misterios de la gracia y de la redención, la profundidad inaccesible de la naturaleza divina, esas nociones sublimes, que reveló al hombre, en cuyo espíritu se habían oscurecido. Si la historia no puede separar la humanidad de la divinidad de Cristo, los preceptos de los dogmas, el poder de la verdad del triunfo de la gracia, debe limitarse á considerar el efecto que debía de producir esta doctrina en el orden general de la humanidad en su marcha lenta, si bien segura.

¡La humanidad, palabra antes desconocida para los filósofos y legisladores, resonó entonces por la vez primera! Los más esclarecidos de ellos nunca extendieron sus miras más allá de su nación propia; cuando he aquí que cerca de un lago de Galilea se establece una sociedad que enlaza las ramas separadas de la gran familia humana, reúne los pensamientos de todas las generaciones y de todos los siglos en un vínculo de fe, de esperanza, de amor, cuyo nudo está en el cielo.

¿Era la doctrina de Jesucristo un nuevo progreso de la ciencia antigua? ¿No era más que un perfeccionamiento de la filosofía hebrea (16)? ¿Se enca-

(16) T. Salvador, autor del *Moisés y sus instituciones*, ha publicado ultimamente *Jesucristo y su doctrina; Historia del nacimiento de la Iglesia, de su organización y sus progresos* (Paris, 1838; dos tomos en 8.º). Demuestra que todo cuanto enseñó Cristo lo tomó de los hebreos, de Filón, de los esenios, y disculpando á los fariseos, hace la apología del sistema judaico, pretendiendo que Cristo echó á perder su pureza con la mezcla de ideas orientales. Por lo demás, no ha procurado explicar como aquel galileo, uno de los numerosos Mesías que aparecieron entonces, ajusticiado legalmente, según su aserto, ha podido encontrar creencia en el mundo entero á diferencia de otros taumaturgos. Hasta que haya dado esta explicación creemos ocioso impugnar sus doctrinas, copiadas de Strauss y otros alemanes que pretenden *den Shon analysiren*, al propio tiempo que menos resueltos que ellos desearía mantenerse en un justo medio inconciliable con la razón. Después Renán se sirvió de todos para formar una placentera novela.

sobrado para un judío y no bastante para un cristiano. No hace mención de ella ningún Padre de la Iglesia anterior á Eusebio. Consultese especialmente á GODOFREDO LESS, *Disputatio super Josephi de Christo testimonium* (Gottinga, 1781). Refutando completamente el pretendido testimonio de este historiador, demuestra que su silencio prueba más que un elogio, en atención á que no hubiera dejado de impugnar una impostura, si le hubiera sido posible señalarla.

(15) Gibbon es el único que en su prevención insensata y denigrante considera á Sócrates muy superior á Jesús, porque no manifiesta ningún signo de impaciencia ni de esperanza, al paso que Cristo clama de este modo. «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»

denaba por ventura con las de Sócrates, Aristóteles y Platón? Parece que lo niega toda la historia. El cristianismo nace del judaísmo, y éste se niega á reconocerle: es su complemento, y no obstante las transformaciones del pensamiento primitivo, tienen tal carácter de novedad, que parecen una refutación.

Pecado original.—Había conservado la India en un residuo de las antiguas tradiciones, la noción de una primera caída con que había sido mancillado todo el género humano, y de que podía redimirse el hombre ya por sus obras, ya por la fuerza de la meditación, desprendiéndose de la materia. Pero aquella primera culpa había mancillado á los hombres de un modo distinto, y desde entonces permanecían diferentes entre sí las castas, á consecuencia de una inextinguible diversidad de origen.

Partiendo también la sabiduría de Egipto del dogma de una caída, fuente de todas las antiguas creencias, suponía que los hombres eran ángeles condenados á expiar en la tierra un pecado cometido en el cielo, pasando por diversos grados de infortunio, según la gravedad de la culpa con que se habían mancillado allá arriba, y no debiendo salir nunca, vivos ni muertos, de la casta á que pertenecía cada uno de ellos. Distingúan los pelascos á los hombres nacidos de los dioses, dotados de almas inmortales, de los otros seres humanos que desprovistos de ellas, podían ser poseídos por los primeros como cosas.

Igualdad.—Tales son las tres fuentes de donde emanaron las ideas que, confundidas y hermoceadas por los griegos, adquirieron la dignidad y la forma de ciencia, gracias á las meditaciones y á la habilidad de sus grandes filósofos. Pero entre éstos, entre los legisladores, ¿cuál es el que no admite la preeminencia de algunos hombres sobre otros? Vanamente lo buscaréis; donde quiera se os presentará una distinción inhumana entre la raza que manda y la que debe prestar obediencia. Lejos de haber un solo hombre de Estado que al aspirar á establecer la ventura de su pueblo, tenga en vista la ventura de los demás, todos tienen por máxima *¡Ay de los vencidos!*, todos ven en los extranjeros enemigos con que lidiar y á quienes hacer esclavos; y si la república saca ventaja, toda iniquidad tiene su justificación. Roma que formuló este cruel derecho en el terrible adagio *Homo homini ignoto est lupus*, llegó de este modo á grandeza tanta, que pudo forzar al mundo á obedecer y venerar á Tiberio y á Calígula sobre el trono y en los altares.

Entre las escuelas no hay una que se eleve hasta encontrar el origen común del hombre: todos admiten las consecuencias que tienen en práctica en su sociedad, sin someter á examen los principios de donde se derivan: aun aquellos que conocen la necesidad de apoyar la justicia en alguna cosa superior á las sociedades humanas y que las haya precedido, ni aun siquiera sospechan que estas reglas eternas son extensivas á toda la especie humana. Aristóteles funda su república en la propiedad y en

la raza, las cuales abarcan mujeres, niños, esclavos y los demás bienes. Hasta el mismo Platón, descuidando al mayor número, confía el gobierno de su república á una casta de guerreros. En su teoría quiere que esta casta se reclute y se fortifique con la promiscuidad, y extingue también para la raza privilegiada el matrimonio y la familia, declarando que todos los hijos deben considerarse comunes.

Séneca habló antes que nadie de un derecho de la humanidad, si bien parecía haber resonado en su oído la revelación nueva: por otra parte se quejaba de ver á Claudio hacer extensivo á los galos y á las bretones el derecho de ciudadanía romana: teme verle conferido un día á todos los hombres.

Hay más, los mismos hebreos, á quienes ordenaba la ley amar á los extranjeros, hallaban excepciones en ella respecto de sus personas, ora cuando permitía la usura, ora cuando les prohibía los matrimonios y los enlaces con ellos. No obstante, sus profetas habían anunciado aquella fraternidad universal en las doctrinas de la verdad cuando se expresaban de este modo: «Siervo mío eres tú, Jacob, sobre ti puse mi espíritu y promulgarás justicia á las naciones. Yo el Señor, te tomé por la mano y te puse para ser reconciliación del pueblo, para luz de las gentes. Congréguese á una todas las naciones y reúnanse todas las tribus. Un día, cuando esté preparada la casa del Señor, en la cumbre de los collados, correrán á él todas las gentes y dirán: Venid y subamos al monte del Señor y á la casa del dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos, y andaremos en sus senderos, porque de Sion saldrá la ley y la palabra de Jerusalén; juzgará á las naciones, y será árbitro de los pueblos: y de sus espadas forjarán arados, y de sus lanzas hoces; no alzará la espada una nación contra otra nación, ni se ensayarán más para la guerra; y cada uno se sentará debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien cause temor. Será la paz obra de la justicia, y el cuidado de conservarla proporcionará una seguridad que durará eternamente (17).»

Consecuencias de aquel espíritu exclusivo de las naciones paganas eran la esclavitud, la crueldad y el menosprecio á las mujeres. Se reconoce generalmente la primera, no sólo como un hecho, sino también como un derecho. Derramando sangre humana aplaca la religión á una divinidad en que no cree; ofrece la política en espectáculo agonías humanas á un pueblo envilecido. En las obras de arte no aparece la mujer sino como un instrumento en manos de los dioses y del hombre: sigue siempre, jamás conduce: no tiene más libertad que la del llanto: cuando se ocupan de ella las leyes, es para sujetarla á perdurable tutela, bajo la autoridad de su padre cuando es hija, bajo la de su esposo

(17) ISAIAS II, 1 4; XLI, 8, 9, XLII, 1, 6; XLIII, 9; MIQUEAS, 4.

cuando se casa, bajo la de algún pariente cuando viuda (18). Entre los hebreos, si paría la madre un varón, permanecía impura cuarenta días, y si era una hembra, ochenta. En la India no podía cumplir la hija los sacrificios expiatorios por sus padres, por lo cual su nacimiento era un motivo de luto, podía ser repudiada la madre por esta causa. En Roma estaba limitada la parte de herencia que se le podía dejar, aun cuando fuese única; allí como en Grecia no tomaba parte la doncella en los esponsales, que se arreglaban entre los padres; en Grecia se disponían los matrimonios por testamento (19); y en Roma, después de estar casada, podía arrebatarse el padre á su esposo y á sus hijos para entregarla á otro (20), y está excluida de la plenitud del derecho, que no se adquiere más que por la aptitud para empuñar las armas. Privada hasta de la piedad del luto (21), esta encantadora mitad del género humano permanecerá encerrada en los gineceos ó prostituida en los templos ó despreciada toda su vida. Sólo algunas se libertarán de una oscuridad funesta á costa de su pudor, como las Tais y las Aspasia, ó por medio de virtudes heroicas, privilegio de escaso número de ellas (22).

La fuerza del sentimiento natural indujo á Platón á proclamar la libertad de la mujer, si bien sólo en la casa privilegiada: luego la envileció arrebatándole su carácter más precioso, el de madre que educa con amor á sus hijos, esperanza de la generación venidera.

Cristo proclamó que todos los hombres son hijos de su padre. Todos están mancillados con una culpa original, que él expía igualmente por todos con su sacrificio. Así desaparece toda diferencia de origen, toda distinción de raza en la fraternidad de Cristo; y vástagos todos de un mismo tronco, grandes y pequeños, hombres y mujeres, libres y esclavos, latinos, bárbaros, judíos, se dirigen por diferentes sendas á un común destino.

Si el indio ó el egipcio ve á una clase de hombres muy desventurada, ó un individuo agobiado por el infortunio, creará que su padecimiento emana de un pecado cometido en el cielo ó en la tierra, y tenerle compasión será casi una impiedad á sus

(18) *In patrie potestate—in manu—in tutelis proximi agnati.*

(19) Dice Demóstenes contra Afobo: «Mi padre deja por legado mi hermana á Afobo, y mi madre á Demofonte.» Y por Formión: «Habiendo muerto Pasio después de hacer testamento, en virtud de éste se casó con su viuda.»

(20) Véase á PLAUTO, *Stichus*; LABOULAYE, *Derecho romano*.

(21) *Vir non luget uxorem; nullam debet uxori religionem luctus*, Digest., III, 2, 1, 9.

(22) El grave censor Metelo dijo en una asamblea romana el año 622: «Si pudiera perpetuarse la especie humana sin mujeres, nos libraríamos voluntariamente de tan grave mal; pero como quiere la naturaleza que ni podamos ser felices ni subsistir sin ellas, está cada uno en el deber de sacrificar su reposo por el bien del Estado.» A. GELIO I. 6.

ojos. Pero el cristiano sabe que, si todos han pecado, todos son redimidos. Ahora bien, el distinto sentimiento que debe surgir en semejante caso sobre el uno y sobre el otro, indica suficientemente el diferente efecto que ambas religiones han de producir en la muchedumbre. Jesucristo ama á su patria: aspira á serle útil del modo más positivo, mejorando sus costumbres y sus creencias; gime pensando en la ruina á que la arrastra su obstinación contra la verdad; pero no le inclina una adhesión parcial y ciega á servirla y á hacerla grande con detrimento ajeno: no quiere elevarla sino elevando con ella á todo el género humano.

Unidad.—El adorador fetiquista profesa la religión más individual, puesto que cada cual hace dios al que le inspira amor ó miedo; no percibe, pues, en el mundo más que seres aislados. Da el politeísmo á los hombres tantas divinidades distintas como asociaciones hay sobre la tierra, de donde se sigue que se reviste de un carácter social, si bien limitado. La universalidad no puede pertenecer más que al monoteísmo. Tal era sin duda la doctrina profesada en todos tiempos por los hebreos; pero un grande obstáculo se oponía á sus consecuencias, á saber, que era un pueblo especialmente elegido, aunque sus creencias fueran comunes á todas las clases, y aunque el esclavo adorara y conociera la divinidad lo mismo que el levita.

Jesucristo enseña con la unidad de Dios la unidad y la igualdad de la familia humana. En las antiguas religiones había además de las divinidades peculiares á cada nación, dioses domésticos, lares, ritos de familia: al revés, por el cristianismo todos los hombres concuerdan en creencias, reuniéndose en una sola iglesia. En todos los países se cumplen las mismas solemnidades, signos consagrados distinguen en cualesquiera comarcas al creyente, son comunes las oraciones, y frecuentemente se recitan en el mundo entero el mismo día y á la misma hora. La religión no se circunscribe ya á un lugar sólo ni Dios habita el Olimpo ó el Merú; es predicada á todos y no anuncia conquistas ó sea el predominio de alguna nación; no instituye una casta sacerdotal ni ritos de una solemnidad indispensable: no será forzoso ir á Garizin ó á Sion; oraciones, simples ceremonias, afectuosas conmemoraciones congregarán á los fieles, cualquiera que sea el instante en que eleven á Dios sus almas.

Gobierno.—Todo tiene, pues, por objeto la unidad, la asociación fraternal. Pero la primera no se puede alcanzar mientras el hombre permanece abandonado á su juicio individual, á sus inspiraciones. Jesucristo, cuya reforma era moral y no política, no pronunció en verdad ninguna palabra que se refiriera directamente al orden material del mundo visible; pero hallándose la tierra íntimamente enlazada con el cielo, el tiempo con la eternidad, lo contingente con lo necesario, esta ciencia de las relaciones del hombre con Dios y de su unión por la mediación de un Redentor, renueva el mundo ofreciéndole una regla de eterna justi-

cia; evita desde luego que unos hombres se consideren como fin y otros como medio, funda en seguida la libertad engendrada por la fe, por la práctica de la virtud y por el conocimiento de la verdad (23).

Cuando la mujer del Zebedeo pide á Jesús que sus hijos se sienten en su reino uno á su derecha y otro á su izquierda: *No sabéis lo que pedís*, responde: *todo el que quiera ser mayor, será vuestro criado, así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en redención de muchos* (24).

Estas palabras indican la regeneración de la sociedad, sustituyendo á la tiranía, bajo la cual sólo un corto número goza y la mayoría padece, el gobierno en ventaja de todos, convirtiéndolo en un deber y no en un privilegio el cuidado de dirigir á los demás hombres. Aquel que se sienta en el lugar más elevado, sabe que tiene obligación de servir á la sociedad humana, y de consiguiente no ha de envanecerse de su alta categoría. Aquel que se halla en las filas inferiores ve en el poderoso al hombre constituido en su provecho: ámale, pues, y le auxilia. Desde entonces los que tienen el poder reconocen los derechos de los súbditos, y estos últimos comprenden la obligación de obedecer por respeto al Señor, única fuente de que todo poder emana; y unos y otros concuerdan en no querer más que lo que quiere la voluntad del común soberano.

Jesucristo designó al hombre que después de su muerte debía hacerse siervo de los siervos, y fundó así la unidad del gobierno visible, que no siendo su reino de este mundo, iba á acercarse cada vez más á los hombres al reino de Dios, es decir, á la unidad de creencias y de afectos. Con este fin se establece un gobierno encargado de regir las conciencias, y á él corresponde resolver las dudas y determinar las creencias. Nada tiene de violento: sus únicas armas son la persuasión, la gracia que invoca, y la infalibilidad prometida por el Señor que ora en el cielo para que la fe de Pedro no vacile.

Lejos de luchar este poder espiritual con el de la tierra, prescribe dar al César lo que le pertenece; pero propagará á la faz del César doctrinas que insinuándose en la vida social, deben modificarla, y ejemplos cuya evidente santidad induce á imitarlos. En su consecuencia habrá en la sociedad mundana naciones distintas, en la sociedad religiosa una *asamblea universal* (Iglesia católica). En la una da la nobleza de raza dignidad y poderío; en la otra todo proviene del mérito personal, sin grados, ni privilegios hereditarios; de tal manera, que el que nace en el último grado podrá encumbrarse al primero y hasta á los altares. Allí la

(23) *Si vosotros perseverareis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.* S. JUAN, XIII, 31, 32.

(24) S. MATEO, XX.

fuerza es la que impone los gobernantes, y su capricho es el que hace los magistrados; aquí todo es producto de la elección libre, desde el acólito hasta el pontífice. Allí ejércitos que avasallan los cuerpos, aquí apóstatas que persuaden el entendimiento y cautivan la voluntad. Allí emperadores que decretan; aquí obispos, diáconos, sacerdotes que instruyen y aconsejan. Allí juicios que castigan; aquí un tribunal en que la declaración que se hace de las culpas las expía; y si hay uno que, persistiendo en la iniquidad, escandaliza á sus hermanos, la pena más severa en que incurre es verse excluido de la comunión de la Iglesia, es decir, no tomar ya parte en la oración ni en el banquete de los hombres honrados. Allí en suma, la materia, aquí el espíritu; por un lado la coacción, por otro la conciencia.

Progreso.—Aquellas palabras *sed perfectos como mi padre celestial*, al mismo tiempo que establecen sobre una base divina de sociedad humana, transforman la inmovilidad antigua, exigiendo que la actividad humana se ejercite en el afecto, en el sentimiento, en las obras. «No penséis que vine á traer á la tierra la paz sino la guerra: el reino de los cielos se toma por violencia y los violentos son los que lo consiguen. Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas. Ved como yo os envió como ovejas en medio de lobos. Os harán comparecer los hombres en sus audiencias y os azotarán, y seréis aborrecidos de todos por mi nombre. Cuando os persiguieren en una ciudad, huid á la otra; no temáis á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma. No ha de ser el discípulo mejor tratado que su maestro. El que quiera venir conmigo, que tome su cruz y sígame. No contéis con los frutos, porque uno es el que siembra y otro el que siega» (25).

Es, pues, la misión de los siglos modernos adelantarse y luchar, y si la palabra de Dios no es engañosa, irá desarrollándose y realizándose cada vez más la ley del amor y de la justicia; y como en ella consiste asimismo el perfeccionamiento del orden moral, será infalible el progreso, porque habrá venido a ser la ley natural de la humanidad. Llegando a enlazarse las ciencias humanas en su conjunto á la sublime unidad de lo verdadero, que es también el principio del cristianismo, no las repudia, sino que las transforma: les asegura realmente un eterno triunfo sobre la tiranía del vicio y del error, que es la peor de todas (26).

La adoración del hombre es la adoración del mal. El culto de los Césares es el último grado de la idolatría, ó sea de la adoración del hombre y de la adoración del mal; las costumbres de su edad

(25) SAN MATEO, X, XI; SAN JUAN, IV.

(26) *Qui philosophi vocantur si qua forte vera et fidei nostru accommodata dixerunt, ab eis, tamquam ab injusti possessoribus, in usum nostrum vindicanda sunt.* SAN AGUSTIN, *De doct. Crist.*, II, 40.

son el grado ínfimo de la impureza de la inhumanidad y de la división, las tres grandes consecuencias de la idolatría. «De un lado están las obras de la carne, olvido de Dios, inconstancia de los matrimonios, envenenamientos, sangre y homicidios, robo y engaño, orgías, tenebrosos sacrificios, veladas llenas de locura, hombres muertos por celos ó afligidos con el adulterio; todas las cosas confusas, y una gran guerra de ignorancia que la locura de los hombres llama paz» (27). No parece sino que estas líneas santas se han escrito para predecir y retratar el siglo de los Césares. De otro lado están «todos los frutos del espíritu, caridad, alegría, paz, paciencia, bondad, longanimidad, dulzura, fe, modestia, templanza, castidad» (28); los cuatro caracteres opuestos á los cuatro de la antigüedad: fe pura á la idolatría, caridad al espíritu de malevolencia, justicia al homicidio, castidad á la corrupción. Esta guerra principiaba con el Evangelio.

Los antiguos desesperaban de hacer que la mayoría de los hombres practicase la virtud, de suerte que la reservaban á pocos, y á pocos comunicaban la verdad: conocían que era falsa la idolatría, pero la conservaban como medio. Cristo, por el contrario, dijo á sus discípulos: *Id y enseñad á todas las gentes*. Pero para corregir al género humano no quiso variar las masas ni el orden establecido, sino más bien se dirigió á los individuos. Y en efecto, individual era el fin que el Evangelio se proponía, esto es, la virtud y la unión íntima con la divinidad. De aquí procedía en cada uno la conciencia de la dignidad propia, derivada de la igualdad de destino. Por consecuencia, Cristo enseñó la manera de oponerse á la corrupción universal, cuya manera ignoraron los sabios queriendo que se reformasen las costumbres privadas para llegar á la mejora pública.

Cualquiera que sea el grado de perfección que pueda imaginar el hombre, lo halla en el Evangelio; cualquiera duda que le ocasione la prudencia y la utilidad de una resolución, el Evangelio le sugiere siempre la solución más honesta y generosa; y no hay culpa que no pueda cometerse desviándose de sus máximas ó desconociéndolas.

El prójimo.—Amar á Dios es el primer precepto, amar al prójimo por Dios es el segundo, equivalente al primero. Amando á Dios aborrecemos en nosotros el principio material, este germen corrompido, y permanecemos sumisos á los preceptos de Dios hasta regocijarnos en la aflicción, humildes hasta amar el oprobio á fin de que venga á nos su reino. Amando al prójimo como Jesucristo nos ha amado, es decir con una benevolencia social perfecta, no miramos á ningún hombre como medio, sino que consideramos como fin á todos. No hace-

mos distinción entre el grande y el pequeño, entre el perseguidor y el amigo, y nos hace obrar en el interés común la nueva virtud de la humanidad. Cuando todo hombre adquiere un premio infinito siendo rescatado con la sangre de la víctima divina, ya no es lícito sacrificar el individuo al Estado, la moralidad personal á la de la asociación pública, y la verdad moral nace entonces. Poco á poco con la resignación de la cruz queda abatido el orgullo de los sabios; cesa el perpetuo gemido del pobre, cuando reconoce que los padecimientos son el patrimonio y el mérito del hombre en su terrenal desierto, y que Cristo es el primero que ha llevado la cruz, dejándola como testimonio de la fe, como base de la esperanza, como excitación á la caridad. No se ve reducido el hombre vicioso á sumergirse en nuevos extravíos ó á desesperar de rehabilitarse, puesto que existe un sacramento de reparación; el ladrón salvado en la cruz, la mujer adúltera elevada á la condición de no pecar nunca, el júbilo del buen pastor al encontrar á la oveja descarriada, prometen el perdón ó el arrepentimiento. Ve el oprimido á Cristo, no encontrando fidelidad en sus amigos ni agradecimiento en aquellos á quienes ha colmado de beneficios, ni justicia en los tribunales, y halla consuelo. Hasta la misma ley, viendo sucumbir á un inocente, respeta la imagen de Dios en el acusado.

Vida futura.—No era un dogma nuevo la inmortalidad del alma, y los mejores filósofos la habían deducido de la conciencia. Pero presumirla, desecharla y aun crecerla como especulación doctrinal, es muy distinto de regular por ella la conducta interior y exterior. Hasta los mismos hebreos, á pesar de que enseñaba la doctrina de la inmortalidad, el más puro dogma, no excluyen de la sinagoga ni de las funciones políticas á los saduceos que la negaban (29); y aun entre los gentiles, para aquellos en quienes aun quedaba alguna fe en opiniones reputadas como vulgares (30), el Tártaro y

(29) De consiguiente, aun cuando los judíos poseyeran en sus escrituras algunas promesas de eternas felicidades, y aunque en los tiempos del Mesías, en que debían ser declaradas, se hablase mucho más de ellas, es sin embargo verdad que no constituía un dogma formal y universal del antiguo pueblo, puesto que los saduceos, sin reconocer la inmortalidad, no sólo eran admitidos en la sinagoga sino también elevados al sacerdocio. (BOSSUET, *Disc.* 2.^a parte, cap. 6.)

(30) *Esse aliquos manes et subterranea regna... Nec pueri credunt, nisi qui nondum aere lavantur.* JUVENAL, II, 149.

César en pleno senado decía: *Mortem arumnarum requiem esse; eam cuncta mortaliu mala dissolvere; ultra, neque cura neque gaudium esse.* SALUSTIO, *Catil.*, 49.

Virgilio cantaba en las *Geórgicas*:

Felix qui potuit rerum cognoscere causas, Atque metus omnes et inexorabile fatum Subjecit pedibus, strepitumque Acherontis avari

VIRGILIO, II, *Georg.*, 490.

(27) *Sap.*, XIV, 22 y sig.

(28) *Galat.*, V, 19, y sig.

el Eliseo están reservados para hechos sorprendentes y conocidos por todos, para actos que ventajosos ó nocivos á la sociedad civil, única norma de la moralidad, habrán sido ya remunerados ó castigados por la ley ó por la opinión.

Al revés, Jesucristo da á cada cual una conciencia individual, y le somete á la obligación absoluta de perfeccionarse á sí propio. Exponiendo la idea más sublime de la divinidad, que muertas despojada de las nubes de la superstición y de la ignorancia y colmada de perfecciones, recomienda á los hombres imitarla: les obliga á confiar en una Providencia que vela sobre ellos con solicitud constante, y á hacer memoria de que están en presencia de un remunerador siempre. De consiguiente, se encomienda la pureza interior en vista de la vida futura, y se soportan con paciencia los males del destierro en virtud de la esperanza de llegar á la mansión eterna.

Allí no se cifrará la ventura en goces terrenales, sino en el conocimiento perfecto de la verdad, que constituye el fin más elevado de la inteligencia: frente á frente de Dios, ella perfeccionará la imagen divina impresa en nosotros y nos unirá á todos en el amor más sublime, en la alegría de las recompensas alcanzadas, y después de las pruebas de la expiación, en las glorias del triunfo.

Aun cuando fuera posible establecer que semejantes doctrinas fueron conocidas por los filósofos antiguos, ya lo debiesen á la fuerza del raciocinio ó á un residuo de las primitivas tradiciones que se traslucían entre los inciensos y el denso humo de los sacrificios, eran por decirlo así, patrimonio de un corto número de individuos: jamás habían sido comunicadas al pueblo ni le habían aprovechado en nada. ¿Derribaron Sócrates y Pitágoras ni uno solo de los impúdicos altares que se alzaban á sus ojos? ¿Acometieron Epicúreo ó Cicerón la empresa de abatir aquellos dioses á quienes ponían en ridículo en sus fastuosos templos? No, la religión como la ciencia, y en suma, como todas las cosas, era privilegiada y patrimonio de un corto número de hombres. Hasta los mismos platónicos tenían dos grados de iniciación filosófica, la purificación (*καθάρισις*) ó la virtud para el vulgo; y la comprensión (*νόησις*) ó la ciencia para los elegidos; permaneciendo así el pueblo confinado á una categoría inferior á la de los filósofos, y la virtud debajo de la ciencia.

Pero el cristianismo no tiene secretos, no conserva velos en sus templos; no hay un hombre á quien pueda segregarse de la Iglesia por profano. Enseñado á los niños con los primeros vocablos, se arraiga en los corazones, donde imbuye una moral

Séneca, en la *Consolación*:

«Cogita illa que nobis inferos faciunt terribiles, fabulam esse; nullas imminere mortuis tenebras, nec flumina flagrantia igne, nec oblivionis amnem, nec tribunalia. Luserunt ista poete, et vanis nos agitavere terroribus.»

tan suave como sublime, una igualdad afectuosa que sólo permite ver hijos de Dios en el mundo. Del cristianismo ha emanado esa moral tan pura sobre la cual no influye la diversidad de los tiempos ni de las personas, y que incesantemente tiene por fin el perfeccionamiento del individuo y la caridad respecto del prójimo. En las antiguas edades era dulce la venganza para los nobles corazones; era el deleite de los dioses (31): Desde ahora el perdón traerá la paz á la tierra.

El pudor.—Honrábase el impudor y aun se adoraba entre los dioses y se ostentaba entre los hombres; de tal manera, que anualmente acudían los mancebos al sepulcro de un Diocles, afamado por sus infames amores, compitiendo en lubricidad y coronándose al más lascivo (32).

En Roma no se hacía ministerio alguno de los más vergonzosos ultrajes contra naturaleza (33). Si algunos hombres denominaban virtud á la honestidad, no creían de ningún modo empuñarla abusando de los esclavos y recibiendo de los libertos un infame tributo de agradecimiento (34); y una dama ofrecía quinientas esclavas á Venus para ser prostituídas en su templo (35).

Todo hombre que deba respetar á la divinidad en sí mismo, no será capaz de adoptar un estado intermedio entre la virginidad y el matrimonio. Intima la nueva ley moderar los apetitos sensuales: se estrechan los vínculos domésticos, y el nudo conyugal se hace duradero para un fin sublime.

¿Es posible que se hallé nunca decoro en las costumbres, allí donde el hombre puede imponer el vicio á innumerable tropa de mujeres abandonadas al capricho de un amo? ¿Y cuánto no importa que esté ennoblecida la mujer, á fin de que su poder sobre el corazón del hombre devuelva á éste el decoro y la bondad que de él recibe? En la persona de Cristo se confunden el hombre y la mujer de tal modo, que se hacen iguales. Entre los antiguos sólo se consideraba el adulterio en la

(31) HOMERO.

(32) TEOCRITO.—Fílón atestigua que en muchos puntos se adjudicaban premios de esta especie.

(33) PLAUTO, *passim*.

(34) *Impudicitia in servo necessitas, in liberto officium, in ingenio flagitium est*. Si se necesitan otras pruebas de que los romanos medían, por decirlo así, con arreglo á la ley y á la condición civil la moralidad de los actos, nos la suministrará una ley de Constantino, del año 326. «Si alguna muger ha cometido adulterio, se trata de averiguar si es dueña de hospedería (en las leyes romanas, *caupona* y *postribulum* son casi sinónimos) ó criada. Si es el ama, no quede de ninguna manera exenta de la pena legal; si la criada se ha entregado á forasteros, rechace la imputación la condición de la acusada, y restitúyase la libertad á los reos, atendido á que no se debe exigir pudor más que de las mujeres obligadas por la ley á ello; pero las que por la bajez de su vida no son dignas de la observancia de la ley, están eximidas de la severidad judicial. Código Teodosiano, IX, 7, 1.

(35) ESTRABON, lib. VIII.

mujer, y apenas se nombra el del hombre. Parecían ofendidos en él el pudor, la propiedad y la magestad, por lo cual le imponían penas atroces en un juicio compendioso, que alguna vez se confería al ofendido ó al tribunal doméstico (36). Entre los hebreos se aventuraba la misma duda al terrible juicio del agua de los celos: entre los celtas se abandonaba á las olas del río el niño de sospechosa legitimidad, conservándolo solamente cuando las aguas, más piadosas que su padre, lo devolvían. Cristo dice por el contrario: *Aquel de vosotros que esté sin pecado, tire la piedra*, y así establece paridad entre el delito del varón y el de la hembra, y los Padres de la Iglesia, sus intérpretes, quieren que también sea castigado el adúltero (37). Véase, pues, como de la moral nace la libertad, esa necesidad suprema de la naturaleza humana. El pudor maldecido hasta entonces, hollado en las cortesanas, en las esclavas, y lo que es más, en las diosas, viene á ser el más hermoso ornamento de la mujer, que hasta morirá á trueque de conservarlo. Sabe que para adquirir méritos reales, no está obligada á heroicas virtudes, sino á dulces virtudes conformes con su naturaleza.

Esclavitud.—A fin de que el hombre pueda aspirar en su terrenal destierro á la perfección, debe propender la Iglesia á quebrantar los hierros, á derribar las tiranías nacidas de la costumbre de oprimir y de envilecerse, y la esclavitud que era la peor y la más universal de todas. Pero romper de pronto las cadenas, decir á los esclavos: «Sois libres é iguales á vuestros señores,» hubiera sido una obra tan inconsiderada, como si, para desecar un lago cuyas exhalaciones infestaran una ciudad, se quisiera romper los diques en el mismo instante: hasta la filantropía de nuestro siglo ha visto y ve aún donde van á parar esos súbditos trastornados. Cristo hace reformas y no revoluciones: derrama entre los esclavos una semilla que llegará á producir con el curso de los siglos lo que jamás hubiera producido ninguna de las doctrinas de los antiguos sabios, la libertad. Es llamado el esclavo con su dueño, ante el Dios de todos, á sentarse á la misma mesa; se le restituyen su personalidad y su conciencia; ha llegado á ser responsable de sus obras y pensamientos. San Pablo envía un esclavo fugitivo á su señor, si bien después de haberle bautizado, y le escribe: *No le recibas como esclavo*

(36) *Cognati necanto ut volent*. XII TABLAS.

(37) «Lo mismo que se impone á las mujeres, obliga también á los hombres (dice San Jerónimo en la vida de Fabiola). Las leyes de Cristo y de los emperadores no son iguales; no enseñan la misma cosa San Pablo y Papiniano. Estas permiten toda impudicia á los hombres con mujeres libres; entre los cristianos si el marido puede repudiar á la mujer por causa de adulterio, también puede hacerlo ella con él por el mismo delito. En condiciones iguales, igual es la obligación.» En efecto, Fabiola se separó de su marido por ser vicioso.

sino como hermano muy querido. Si me consideras como compañero, acógele como me acogieras á mí mismo (38).

Si continuó subsistiendo la esclavitud, culpa fué de los adversarios del cristianismo y de los tiempos; porque la religión nueva no podía primero obligar á abolirla á los voluptuosos romanos, ni después á rudos conquistadores. También fué consecuencia de la reforma de Jesucristo, la cual no trastornaba la sociedad, sino que hacía buenos á sus miembros, y por eso debía ante todo reducir al bien aquella clase tan descarriada. A lo menos la Iglesia, ínterin termina, ofrece al esclavo, no sólo el pan material, sino el del alma, la instrucción religiosa. Hace resonar cotidianamente una protesta contra la iniquidad inveterada; y en tanto que el esclavo llega á verse transformado en siervo y asociado desde entonces al trabajo libre, donde quiera que la religión penetra, ya no se calcula con bárbara exactitud hasta que punto pueden funcionar sin hacerse pedazos aquellas máquinas vivas. Determina ciertos días en que se consienta reposo al esclavo, días santificados por los consuelos de la plegaria y de la instrucción que el sacerdote comunica á todos.

Con la esclavitud debía caer también la nobleza fundada únicamente en la raza; pues aunque nada hayan dicho los antiguos por hallarse poco habituados á un análisis profundo, su *ingenuitas* consistía, en definitiva, en descender de personas libres sin mezcla de esclavos ó de libertos; de donde resultaba que no existiendo ya éstos, la distinción natural desaparecía.

Tales son las numerosas é importantes aplicaciones civiles producidas por esa doctrina llena de

(38) *Ep. ad Philemonem*. Causa lástima ver de qué modo procura Gibbón atenuar las miserias de la esclavitud entre los romanos, y demostrar que su dulcificación fué debido á los decretos sucesivos de los emperadores. Con más lealtad que él, dice Robertson: «En verdad no fué el respeto inspirado por ningún precepto particular del Evangelio el que prescribió la esclavitud de la tierra, sino el espíritu general de la religión cristiana, más poderoso que todas las leyes escritas. Eran benévolos y suaves los sentimientos dictados por el cristianismo: sus preceptos comunicaban tal dignidad á la naturaleza humana, que la arrancaron de la servidumbre deshonorosa en que se hallaba sumida.» Véase su *Discurso sobre el estado del universo á la aparición del cristianismo*, cap. 2.

Ese importantísimo punto relativo á la marcha del cristianismo como supremo factor de la civilización, fué tratado en el *Periódico Teológico* de Tubinga (enero de 1834) por el profesor Mühlér, con un *Fragmento de la historia de la abolición de la esclavitud obrada por el cristianismo en sus primeros quince siglos*.

Posterior á mi trabajo salió la *memoria* de ED. BIOT sobre la abolición de la esclavitud antigua en Occidente, premiada en 1838 por la Academia de ciencias morales de París. En ella están coleccionados con muy buen criterio muchísimos hechos, y está demostrada toda la eficacia que tuvo la religión en la transformación de gran parte del pueblo.

evidencia, en que los esclavos ven la libertad, los oprimidos la justicia, los pobres la caridad, los sabios la razón y la esperanza; doctrina cuya profundidad admiran los grandes talentos, cuya sencillez aman y acogen con solícito afán los pequeños.

Pero ¡cuánto debía prolongarse la lucha! Madurado habían los abusos y se habían incorporado en cierto modo á la sociedad, al punto de no poder ser estirpados más que con ella. Sólo grandes esfuerzos podían llegar á reconciliar, á confundir la civilización y la religión, desunidas había largo tiempo. Al reino de Dios se oponían la fuerza, las preocupaciones y la misma índole del hombre, que no se había emancipado de la corrupción, aunque el Redentor le hubo prestado ayuda para regenerarse. Ved que han transcurrido diez y ocho siglos y todavía baña la esclavitud extensas comarcas con sus horrores, aun subsiste la servidumbre feu-

dal en países civilizados: se ha hundido la aristocracia de sangre, pero se ha elevado la que se funda en el dinero y especula evidentemente con las lágrimas del pobre, computando lo que es preciso darle á fin de que sirva y muera sin rebelarse: una muchedumbre que ha menester razón, industria, amor, permanece todavía descuidada: aun subsiste el desafío, como también la guerra y el poder material, que pretenden tiranizar lo que es del dominio del talento.

Pero Cristo no bajó entre los hombres para hacer desaparecer los males que constituyen su legado; vino para traer la caridad, bálsamo que los alivia y consuela. ¡La caridad! virtud sin nombre entre los antiguos, considerada más bien como flaqueza, llega desde entonces á dulcificar inevitables miserias, á llorar con los que padecen y á transformar las más crueles desgracias en ocasiones de mérito, en vínculos de fraternidad.

CAPITULO VII

PRIMEROS TIEMPOS DEL CRISTIANISMO

No bien fueron vivificados los apóstoles por el Espíritu de consuelo, salieron por las calles de Jerusalén hablando á la muchedumbre que había acudido á la fiesta de Pentecostés, y convirtieron á tres mil personas, número que debía aumentarse de día en día. Admitíase á los prosélitos á la oración dentro del templo, y al misterio eucarístico, á la comida en comunidad dentro de las casas. Todos rendían á Dios acciones de gracias con sencillez de corazón y con entusiasmo.

Esperaban los hebreos en el Mesías á un redentor terrestre; y los profetas se expresaron de tal modo, que incurriendo en este error hasta los mismos apóstoles pedían á Cristo empleos en su reino, y se escandalizaban á la idea de sus padecimientos. Bastaron á desengañarles los asombrosos hechos con que el Mesías señaló su venida; pero los judíos persistieron con obstinación culpable en un yerro digno de excusa sólo á primera vista. Así, á la par que Judea, reconociendo el cumplimiento de las promesas divinas en un sentido más elevado y más fecundo, hubiera podido llegar á ser el punto de partida de la historia de las sociedades modernas, permanece, al revés, marcada con el signo de la reprobación y deja de operar su porvenir propio. Extinguida quedó la ciudad de la manifestación y de la paz, desde el momento en que hubo desconocido el símbolo que explicaba; pero los escombros del templo, cuyas piedras estaban cortadas y dispuestas misteriosamente, debían servir para levantar el admirable palacio del Dios eterno.

Al principio no se separaron los cristianos de los judíos, puesto que su religión no destruía la ley mosaica, sino que era al contrario su complemento; pero á fin de que se cumplieran las amenazas del Señor de dar ó guardar á otros su vida, empezaron á perseguirles los mismos judíos. Pedro y Juan, que atraían cerca de sí á gran número de personas,

curando á los ciegos, á los cojos, brindando el don de la palabra á los mudos, son detenidos en la cárcel, prohibiéndoseles hablar de Cristo y decir que había resucitado. Pero declaran que deben obedecer más bien á Dios que á los hombres, regocijándose de ser blanco de ultrajes por Jesús y de sufrir en su nombre. Mientras bautizan en su calabozo, se elevan por ellos hasta el trono de Dios continuas plegarias hasta el momento en que llega el ángel á libertarles de sus cadenas. Entonces el Sanedrín se apresta á darles muerte; mas oponiéndose á ello Gamaliel, doctor de la ley, son azotados en medio de la asamblea; y queda la Iglesia llena de edificación, sabiendo cuanto mérito atribuye su fundador á los padecimientos, á la resignación, á la esperanza (1).

Vivían los nuevos creyentes en santa armonía, y á fin de borrar entre ellos toda diferencia de fortuna, vendían en Jerusalén todo aquello de que eran poseedores, y luego llevaban á los apóstoles sus productos, para que los distribuyeran según las necesidades de cada uno y para que nadie sufriese por causa de indigencia (2). Aunque no debía existir entre los miembros de la asociación diferencia alguna, las viudas de los hebreos obtenían en las distribuciones cotidianas de alimento alguna preferencia sobre las de los helenitas ó extranjeros. Produjo esto desagrado, y en su consecuencia se nombró á siete diáconos de probidad reconocida, encargándoles no sólo distribuir el alimento temporal, sino también el cuerpo y la sangre que después de la comida de los fieles se consagraba todos los días en memoria de Cristo.

San Esteban.—Contábase entre el número de

(1) *Actos de los Apóstoles*, V.

(2) *Idem*, II, IV.